por haber creado al hombre y á la mujer, y establecido el matrimonio. Mientras que los esposos llevaban á sus labios la copa sagrada del himeneo, se cantó al Dios de Israel un cántico que contenia seis bendiciones. José arrojó despues el vino que quedaba, en muestra de liberalidad, y los concurrentes tiraron puñados de trigo en muestra de abundancia: para finalizar la ceremonia un niño rompió la copa (1).

Toda la reunion que rodeaba á los esposos con sus antorchas en la mano, bendijo al Señor, y pasó á la sala del banquete (2), que la tradicion hebrea hacia remontar á tiempos muy antiguos: se procedió al nombramiento del rey del festin, electo *en la clase sacerdotal*, que debia servir las viandas y el vino, y obligar á los convidados, á guardar el decoro que ecsigian la religion y la honestidad. José y María se levantaron tambien; pero antes de seguir á los convidados, hubo entre ellos, en presencia del cielo y de los astros que proclaman la gloria del Altísimo, algunas palabras que se cambiaron secretamente (3), *tú serás como mi madre*, dijo el patriarca, á la Vírgen Santa, *y yo te respetaré como al mismo altar de Jehová.* Desde entonces no fueron á los ojos de la ley religiosa, sino hermano y hermana en el matrimonio, aunque se conservase íntegramente su union (4).

Las fiestas en que figuraban la ceremonia religiosa del sacrificio, duraron siete dias, como en tiempo de los patriarcas. Concluida la semana de las bodas, José y María, en union de una multitud de parientes que formaban á su alrededor una brillante cabalgata, volvieron á tomar el camino de Galilea. La caravana se puso en marcha al sonido de los címbalos, y no se dispersó sino hasta la fuente de Anathot (5), en donde los de Jerusalen se despidieron de los esposos, con las lágrimas en los ojos, bendiciones en la boca, y una mano puesta solemnemente sobre el corazon. Los nazarenos prosiguieron su viaje; atravesaron las montañas de la Samaria, en que el águila desde lo alto de su nido los miraba pasar sin hacer caso de su presencia. Sichem se presentó á la vista de los viajeros, con sus verdosos bosques, con sus arroyos de cristalinas aguas, y sus majestuosos edificios que dominaban á todo ese conjunto. Despues dejaron atras al monte Gazarim, con los costados rojizos, en donde se veian las ruinas del pueblo cismático, vergonzoso rival de la casa santa, que Juan Hircam entregó á las llamas vengadoras, y al que mas tarde debia reemplazar una iglesia dedicada á María: despues aparecieron las altas cumbres del monte Hébal, y luego Sebaste; que elevaba sus nuevos palacios bajo la egida de Augusto, y que Heródes se complacia en embellecer servilmente, como el único altar en que pudiese sacrificar el genio de Roma.

Al medio dia del segundo de camino se divisó el monte Thabor, que dibujaba su verde cabeza sobre el cielo color de plata claro de la Galilea, y mas allá las altas cimas del Líbano, que ocultaban en las nubes sus agujas de piedra cargadas de eternas nieves. Desde las faldas arboladas de Hermon, en que las cabras pacian los tiernos renuevos de los arbustos, descendieron á una llanura deliciosa que se estendia como un inmenso canasto de flores, entre colinas cubiertas de verdes robles, de mirtos, de viñedos y de magníficos bosques de olivos Campos de cebada, de trigo y de trebol, *doura*, llenos de verdor, ondeaban blandamente bajo el impulso de una suave brisa, entibiada por la llegada de esa primavera mas temprana y cálida que las de nuestras regiones occidentales. Una luz pura y dorada acariciaba esa tierra fértil, en que se desarrollaba una vigorosa vegetacion, y cuyas aguas azuladas que tan pronto debia agotar el otoño, se deslizaban á manera de listones plateados, en aquel nuevo Edem. Veíanse aparecer aquí y allí bajo las elevadas palmeras, opulentas poblaciones; y mas allá, de distancia en distancia, sobre la cresta escarpada de una roca, una fortaleza solitaria cuyos soldados nacionales aun, y encargados de una mision protectora, no cruzaban sus sables damasquinos, sino con los bandoleros nocturnos, ó con los árabes del desierto. Ese valle de maravillosa frescura, y comprendido entre los sombrios bordes de altas montañas, era el valle de Esdrelon, en cuya estremidad se distinguia una pequeña ciudad situada pintorescamente sobre la espalda de una colina, y que brillaba cual una flor en medio de las aldeas vecinas; esa ciudad risueña y hermosa era Nazareth, la ciudad natal de la Vírgen, la cuna de Cristo! (6)

1 Basnage, lib. VII, cap. 21.—*Instit. de Moisés*, lib. VII, cap. 1, pág. 336.

2 Gaudent., Serm. 9, B. P., t. II, p. 38.

3 Santo Tomás opina que inmediatamente despues de la celebracion de su matrimonio, fué cuando José y María hicieron de comun acuerdo voto de virginidad.

4 Este voto de continencia en el matrimonio que ha sugerido tantos impíos sarcasmos á los filósofos volterianos, no era una cosa inaudita entre los hebreos; era solamente un voto dictado por el entusiasmo y la cólera, mientras que el de los dos santos espesos lo fué por la piedad. Si un marido decia á su mujer; *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar mas de sus derechos de esposo; y con mayor razon cuando habia hecho intervenir en este voto el altar de Jehová, el templo, ó el sacrificio. Las mujeres hacian lo mismo algunas veces; y aunque esos votos fuesen poco aprobados porque regularmente provenian de escesos y maldiciones, no por eso, despues de hechos, se estaba menos obligado á cumplirlos religiosamente.—(Basn., cap. XIX, pág. 352.—Leon de Módena, *Ceremonias y costumbres de los judíos*, cap. IV.)

5 Todos los parientes escoltaban á caballo á la desposada hasta la casa de su esposo, cuando este no habitaba á mucha distancia del lugar de la fiesta; y este uso subsiste aun entre los árabes. Nosotros hemos hecho separar la caravana nupcial en Anathot, pequeña ciudad á cinco leguas de Jerusalen, porque es el primer lugar de alto.

6 Los filósofos del siglo último se han esmerado mucho en despreciar la Palestina; la impresion que han hecho dura todavía, y el estado de pobreza y de despoblacion de este país, que respira apenas bajo el sable de los musulmanes, les ha hecho triunfar con frecuencia á los ojos de los lectores superficiales. Sin embargo, no es dudoso que, á escepcion de las cercanías de Jerusalen, cuya esterilidad nadie ha negado, se encuentra en este país, y sobre todo en la parte que pertenecia en otro tiempo á los cananeos, la tierra de promision de Moisés. Vamos á dar dos descripciones de la Galilea, escritas á diez y ocho siglos de distancia, en prueba de esta proposicion. La Galilea, dice Flavio Josefo, se divide en alta y baja, la una y la otra muy fértil; el terreno es á la vez pingüe y ligero, abundante en pastos, propio á toda especie de producciones, y lleno de árboles de toda clase; véanse sobre todo grandes plantíos de viñedos y olivares, y está regado por los torrentes que caen de las montañas, y por un gran número de fuentes y arroyos que surten de agua continuamente, y que suplen la de los rios cuando los disipan los calores del verano. La bondad del suelo es tal, que convida al trabajo á los hombres menos laboriosos: por tanto, todo está cultivado, y no se ve terreno alguno sin producir. Sus habitantes son robustos y guerreros; las ciudades y pueblos muchos, y tan poblados, que el menor puede contar hasta quince mil almas.” —(Josefo. *de Bello jud.*, lib. III, cap. 2.) “Si se quisiese dar una idea del aspecto de la Galilea, dice á su vez un viajero moderno, no seria la Francia quien ofreceria la semejanza, sino el *Agro romano;* alrededor de Nazareth, como alrededor de Roma, se ve en todo la misma luz, la misma configuracion del terreno. La naturaleza es sublime como el Evangelio. La Galilea es un cuadro en miniatura de la Tierra Santa; y cuando se la ha visto bajo todos los aspectos del dia y de la noche, se comprende lo que fué en tiempo de Jesucristo. Para un artista, la Galilea es un Eden; nada le falta, ni los accidentes del terreno de la Judea, ni las soledades luminosas de la Palestina, ni la verdosa fecundidad de la Samaria. El Gazarim y el Monte de los Olivos no son mas sublimes que el Hermon y el Thabor, ni las playas azuladas de Ascalon mas solemnes que las riberas perfumadas del lago de Tiberiades, en que el aire desaparece bajo la luz. El suelo galileo ofrece por todas partes monumentos de la historia y milagros, pisadas de héroes y el sello de un Dios; y conócese, al contemplar la Galilea desde las alturas del Thabor, que ella fué el país que habitó el Hombre-Dios. . . . En tanto grado los recuerdos religiosos y las maravillas de la tierra y del cielo se mezclan á lo infinito.”—(Véase *Correspon. de Oriente*, tom. V.)

1 Hállanse todavia en Nazareth, dice el padre Geramb, algunas casas semejantes á la de San José; es decir, pequeñas, poco elevadas, y teniendo comunicacion con una gruta practicada en el costado de la montaña.—(*Véase* De Geramb.)

2 Esta casa de San José está á ciento treinta ó ciento cuarenta pasos de la de Santa-Ana, y se designa todavia el lugar bajo el nombre de *tienda de José*. Esta tienda habia sido trasformada en una iglesia bastante espaciosa: los turcos han destruido una parte de ella, pero queda una capilla en que se celebra todos los dias el santo sacrificio de la misa.—[*Peregrinacion á Jerusalen* por el R. P. de Geramb.]

Maria, sin duda, no pudo volver á ver sin emocion aquella ciudad, donde por primera vez vió la luz. Ella la habia abandonado muy niña, para ir á habitar los espléndidos muros del templo; volvia, pues, á verla, llena élla de hermosura, de juventud, de perfeccion, y vírgen como lo era, desde el momento de partir.

Los viajeros bajaron á la casa de Santa Ana, morada antigua y misteriosa, cavada en parte en la roca, como las grutas poéticas de los tiempos antiguos (1), y que muy pronto debia ser mas santa que el templo de Jerusalen, la casa misma de Jehová. Las mujeres de Nazareth saludaron con bendiciones la llegada de la jóven esposa que se adelantaba púdica y velada, como la Rebeca de Isaac; y Maria, en medio de las felicitaciones de aquellas que la vieron nacer, entró á la pacífica habitacion paterna, que aun parecia estar impregnada del buen olor de las virtudes de Ana y de Joaquin.

CAPITULO VIII.

LA ANUNCIACION.

Fácil es imaginarse la ecsistencia apacible y santa que llevaron los dos esposos en los primeros meses de su casta union: las horas del trabajo se intermediaban con la oracion, santificando aquel y haciéndolo menos penoso. Conforme á una antigua costumbre que aun subsiste entre los árabes, y en una gran parte del Oriente, José ejercia su profesion en un departamento separado del que habitaba María (2). Su taller, en el que trabajó el mismo Jesus, era una pieza baja de diez ó doce piés de ancho sobre otros tantos de largo. Un banco de piedra colocado en la parte esterior de la casa, servia para que el pasajero ó el viajante tomase algunos momentos de descanso, resguardándole de los ardientes rayos del sol una especie de tendal ó cobertizo hecho de hojas de palmera (3). Allí era tambien donde descansaba el laborioso artesano que construia arados, yugos y carros de labranza. Algunas veces hacia levantar á su vista las cabañas del valle; otras su brazo todavia robusto derribaba al golpe del hacha los altos sicómoros y los negros terebintos del monte Carmelo (4). El salario que recibia por trabajos tan fatigosos era muy módico, y sin embargo, lo partia con los pobres.

Por otro lado, su dulce y santa compañera no estaba ociosa; dotada de un espíritu ilustrado, juicioso y discreto, sin recuerdos del pasado, sin ilusiones para el porvenir, viendo al mundo tal cual es, y conociendo verdaderamente su posicion, se conformó á ella sin ningun esfuerzo, y quiso llenar con una esactitud religiosa sus obligaciones sagradas. Desde el momento en que tomó posesion de la casa de su madre, se revistió de la pobreza como de un trage de honor enviado de parte de Dios, y comprendió lo que debia ser en la condicion obscura que la habia hecho descender la Providencia, es decir, una jóven y sencilla hija del pueblo. Todos los brillantes y ligeros trabajos correspondientes á una vida delicada, fueron desde luego olvidados, y sustituidos por los fatigosos cuidados y las ocupaciones monótonas de una casa pobre, en la que la dueña de ella no tiene ni sirvientes ni esclavos. Las manos delicadas de María, acostumbradas no mas á tocar telas suavísimas, tejieron con hojas de palmero ó de cañas arrancadas en la orilla del Jordan, la estera que cubria el piso de su rústica morada; su huso se cargó de un lino mas ordinario, y tenia que moler el grano de trigo, de cebada y de *doura* (5), con cuya harina tosca y amarillenta amasaba pequeñas tortas delgadas y redondas. Cubierta con su velo blanco y con una ánfora antigua sobre la cabeza (6), iba á traer el agua á una fuente poco distante (7), al modo de las mujeres de los patriar-

3 Estas tiendas ecsisten aun del mismo modo en todo el Levante.—(*Véase* Burckhardt, *Viaje á la Arabia*, tom. I.)

4 San Justino mártir [*Dialog. cum. Tryphone*], refiere que Jesucristo ayudaba á su padre adoptivo á hacer yugos y carros, San Ambrosio [*in Luc.*, lib. III, cap. 2] asegura que San José trabajaba en cortar y pulimentar los árboles, edificar casas y hacer otras obras de este género.

5 De estos molinos de mano los habia en cada familia judía y árabe, y se muestra aun en la Meca, en una hermosa casa que pasa por haber sido la de Khadydje, una profundidad en la que se dice que Fatme, apellidada la *brillante*, hija de Mahoma y esposa de Alí, daba vueltas á su molino de mano cuando tuvo edad de hacerlo.—[*Véase* Burckhardt *Viaje á la Arabia.*] Las mujeres de los Scheiks árabes, tienen todavia á su cargo esta penosa ocupacion. Bajo el reinado de los hijos de Clodoveo, Santa Radegunda, reina de Francia, molia por sus manos, á imitacion de la Santa Vírgen, todo el grano que consumia durante la cuaresma.—[Le Grand d'Aussi, *Historia privada de los franceses.*]

6 Estas ánforas en figura de urna, son unos enormes vasos de tierra, de una altura desmedida. Las nazarenas las llevan sobre la cabeza; y bajo un peso tan enorme, y algunas veces un niño bajo del brazo, marchan con una ligereza que admira.—(De Geramb, tom. II, pág. 239.)

7 Esta fuente es llamada en el país *Fuente de María.* La tradicion refiere que la divina Madre de Jesus iba habitualmente

cas; ó á lavar sus azuladas túnicas en la corriente del arroyo como las princesas de Homero.

Jesucristo, testigo de las costumbres laboriosas de esta *mujer fuerte*, hizo algunas veces alusion á ellas en sus parábolas; y las sencillas ocupaciones de María. se han conservado en la tela evangélica, como una flor marina se conserva en el ámbar. Vese allí, en efecto, la mujer económica y diligente, poniendo la levadura en tres medidas de harina (1), barriendo con cuidado su habitacion para encontrar una cosa perdida (2) y cosiendo las roturas de sus pobres vestidos (3). Cuando Jesus busca un ejemplo para recomendar la pureza del corazon, la toma en el recuerdo del aseo afanoso de aquella que limpiaba cuidadosamente *el interior y el esterior del vaso* (4); y se presume que piensa en María, cuando alaba la ofrenda de la viuda *que no dá del sobrante sino de lo que le hace falta.* Así tambien es como el cantor de Chio, nos representa á la Justicia bajo los rasgos de su madre, pobre mujer del pueblo, pesando esactamente la lana que ha de hilar para proveer á su alimento y al de su hijo, y perseverando honrada y justa para con el rico en medio de una profunda miseria (5).

A la venida de la noche, cuando los pájaros buscan un abrigo bajo el ramaje de los árboles, María colocaba sobre una mesa limpia y reluciente, obra de las manos de José, las pequeñas tortas de cebada y de doura, los sabrosos dátiles, los lacticinios, legumbres y frutas secas que componian la comida frugal del descendiente de los príncipes de Israel. Estos manjares sencillamente preparados eran el principal alimento de los hebreos, hombres sóbrios, que en tiempo de necesidad sabian contentarse con pan y agua (6). En cuanto á la Vírgen, vivia con tan poco, que algunos autores antiguos, amigos de lo maravilloso, han creido que era alimentada por los ángeles.

Cuando José, cansado del trabajo del dia, volvia al ponerse el sol á entrar en su salita baja, encontraba en ella á su jóven compañera que se apresuraba á presentarle sucesivamente el agua que habia entibiado para lavarse los piés, y la fria y limpia de la fuente en un vaso puro de todo contacto inmundo (7), para las abluciones anteriores á la comida. Aquel hombre grave y sencillo, con su hermosa figura patriarcal, en la que no se veía la menor huella de las pasiones; aquella angelical jóven apresurándose á servirle con la solicitud de una hija querida, formaban un grupo verdaderamente digno de la edad de oro (8).

Entre tanto habia llegado la hora que el Eterno designara en sus decretos divinos para la encarnacion de su Cristo. El ángel Gabriel, uno de los cuatro (9) que se hallan siempre delante del Señor, recibió una mision misteriosa que lo alejó por algunos momentos de las moradas celestes. Revistiéndose de uno de esos bellos mantos de vapor blanquecino, con que se envuelven los espíritus puros cuando quieren mostrarse á los ojos de los hijos de los hombres (10), el ángel dejó tras sí los palacios de oro y los muros de esmeraldas de la Jerusalen celestial, cuyas puertas son doce perlas (11), y desplegó sus anchas y blancas alas (12), iradiando su frente de un santo júbilo, porque conducia un mensaje de paz á la tierra; y los ángeles buenos se regocijan tanto de la dicha de los hombres, como los malos se complacen en su pérdida y en sus dolores.

Despues de haber recorrido los espacios incomensurables del cielo, á donde las estrellas son oasis de esos desiertos, el ángel que habia predicho á Daniel la venida del Mesías, y que venia enviado del Eterno para el cumplimiento de aquella gran promesa, se dirigió con la rapidez del pensamiento hácia nuestro pequeño planeta, que cual una estrella nebulosa, descubrió su mirada penetrante en una lontananza inmensa; que despues brilló con el débil resplandor de la via láctea, y que, en fin, tomó la redondez y la luz tranquila de la luna, cuyas fases esperimenta.

Al acercarse á este pequeño globo, que el hombre en su orgullo de sabiduria ha dividido en zonas y en hemisferios, y en el cual durante su efímera ecsistencia, se agita con un ardor insensato para amontonar algunas partículas de ese metal que ha hecho su ídolo y su tirano, el ángel comenzó á distinguir lagunas de azuladas aguas, de las que se destacaban puntos negros parecidos á pequeñas rocas sub-marinas, ¡y eran nuestros océanos y nuestras altas montañas! Las ciudades no se distinguian aun, los hombres, ¿cómo habian de verse? ¡Son tan pequeños! La tierra, en fin, que se habia ofrecido al principio á la vista de Gabriel bajo una forma microscópica, se fué desarrollando lentamente en vastas regiones cubiertas de reinos que intermediaban desiertos, cadenas de montañas

---

á recoger allí el agua de que necesitaba; y para convencerse de que así debia ser, basta considerar que el agua escasea estremadamente en Nazareth. El camino que conduce á esta fuente, en que la piadosa madre de Constantino habia hecho construir unos hermosos pilones de receptáculos, está circuido de nopales y otros arboles frutales.—(De Geramb, lugar citado)

1 San Lúcas, cap. XIII, v. 21; y San Mateo, cap, XIII, v. 33.
2 *Ibid*, cap. V, v. 36.
3 *Ibid*, cap. XV, v. 8.
4 *Ibid*, cap. XI, v. 39; y San Mateo, cap. XXII, v. 25.
5 Las gentes arregladas comian despues de haber trabajado, y bastante tarde.—(*Costumbres de los israelitas*) La principal comida de José y María se haria hácia las seis horas de la tarde, como la francesa.
6 Véase Fleuri, *Costumbres de los israelitas*, p. 61.
7 Entre los judíos habia que tomar una multitud de precauciones relativas á la pureza de los vasos con que se recogia el agua. y en los cuales se preparaba la comida. No solamente se procuraba que no hubiesen pertenecido á personas estrañas, sino que tambien se llevaban los escrúpulos mucho mas lejos, porque mil circunstancias les hacian inmundos.—[Véase Mischna, *ordo puritatum.*]

8 *Non dedignabar parare et ministrare quae erant necessaria Joseph*, hace decir á la Vírgen un autor antiguo; y esto está en perfecta conformidad con los usos todavia ecsistentes.
9 "Habia cuatro ángeles que no se les veía nunca en la tierra, dicen los rabinos, porque siempre se hallaban cerca del trono de Dios. Estos ángeles son: Miguel, que está á la derecha; Gabriel, que está á la izquierda; Uriel, que está por delante; y Rafael, que está detrás de Dios."—(*Bibl. rabin.*, I, p. 206.)
10 Santo Tomás de Aquino: *Cuestion única acerca de las criaturas espirituales*, art. 6.
11 *Apocalip.*, cap XXI, v. 21.
12 Los judíos representan á los ángeles con alas, lo mismo que los cristianos. El *Koran* dice que el ángel Gabriel tiene ciento cuarenta pares de alas, y que no necesita mas que una hora para venir desde el cielo á la tierra.—(*Leyenda de Mahoma.*)

ó bosques estensos. Llegando al zenit de la Palestina, el ángel dejó caer su mirada como una bendicion del cielo sobre la linda ciudad de Nazareth, y entonces, descendiendo suavemente de las nubes, á la manera de una de esas estrellas errantes, inclinóse graciosamente como un cisne viajero que plega sus hermosas alas sobre la santa y pobre casa de José, aquel artesano de Galilea, cuyos abuelos habian sido reyes.

El sol declinaba visiblemente hácia el alto promontorio del Carmelo, y muy pronto iba á hundirse en el horizonte del mar de Siria, cuando el ángel se presentó en el modesto oratorio de la Santa Vírgen (1). Fiel observadora de las costumbres religiosas de su pueblo, María, con la cabeza vuelta hácia el punto donde quedaba el templo (2), ofrecia entonces al Dios de Jacob su oracion de la tarde (3). "Salud, María, llena de gracia," dijo el enviado celeste, inclinando su radiosa cabeza: "el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres."

María esperimentó un terror involuntario á esta maravillosa aparicion. Tal vez temió, como Moisés, ver á Dios y morir; tal vez, segun lo ha creido San Ambrosio, se alarmó su pudor virginal á la vista de este hijo del cielo, que á la manera de los rayos del sol, se introducia en aquella celdita solitaria donde ningun hombre habia penetrado jamas; tal vez fué la actitud respetuosa y el magnífico elogio del ángel, lo que confundió su humildad: mas sea lo que fuere, el Evangelio nos dice que María se sintió muy turbada, y que procuró, aunque en vano, esplicarse el objeto de tan maravillosa visita, y el oculto sentido de aquella misteriosa salutacion.

El ángel, que se apercibió de su turbacion, le dijo con suma dulzura: "No temas, María, porque "has hallado gracia delante del Señor. Concebi-"rás en tu seno, y darás á luz un hijo á quien pon-"drás por nombre Jesus. Será grande y se llama-"rá el Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de "David su padre; y reinará eternamente sobre la "casa de Jacob, y su reino no tendrá fin." A estas palabras que habrian producido en otra mujer que no fuese María, un gozo inmoderado, la casta y prudente jóven, no pensó sino en su blanca corona de Vírgen, que quería conservar á toda costa; así es que, preguntó con la espresion de un candor ingenuo, cómo podria conciliarse aquella prediccion magnífica con el voto de virginidad que la ligaba de por vida (4).

El pudor de una jóven es una cosa tan santa á los ojos de los ángeles, que Gabriel, para tranquilizar el de María, no temió revelar una parte del casto misterio de la Encarnacion. "La virtud del "Altísimo te cubrirá con su sombra, le dijo, y el "fruto santo que ha de nacer de tí; será llamado "el Hijo de Dios (5)." Entonces, siguiendo la costumbre de los enviados de Jehová, quiso darle una prueba de la verdad de sus palabras: "Elisabet tu prima, prosiguió el ángel, ha concebido un hijo en su ancianidad, y este es el sesto mes de embarazo de la que se reputaba estéril, porque *para Dios nada hay imposible.*"

Sara manifestó con una sonrisa su incredulidad, cuando un ángel viajero, sentado á la sombra de las grandes encinas que cubrian su tienda, le anunció que tendria un hijo, á ella, anciana y estéril; María á quien se anunciaba un prodigio tan nuevo como dice Isaías, un suceso sin ejemplo en el mundo, una maternidad virginal, en fin, creyó al momento en la promesa divina, y humillándose ante Aquel que la elevaba sobre todas las mujeres, respondió con una voz conmovida y sumisa: "Hé aquí la esclava del Señor; que se haga en mí segun tu palabra." A estas palabras, el ángel desapareció, y el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros (6).

De esta manera fué como el ángel de luz desempeñó la mision de nuestra salud, con la segunda Eva; y para que la culpa de la que habia tramado nuestra perdicion con el ángel infernal fuese gloriosamente reparada, una simple mortal habia de ser elevada á la dignidad sin igual de Madre de Dios; y que vírgen y madre, todo á un tiempo, se reuniesen en ella por un nuevo prodigio los dos estados mas opuestos y mas sublimes de su secso. "No pasemos mas adelante en este misterio, dice San Juan Crisóstomo, y no preguntemos cómo el Espíritu Santo ha podido obrar esta maravilla en la Vírgen: esta generacion divina es un abismo tan profundo, que ninguna mirada curiosa puede sondearlo." (7)

Hemos adoptado la opinion de los doctores y de los teólogos que sostienen que José era ya legalmente el esposo de María, en el momento de la Encarnacion; sin embargo, esta opinion ha sido

---

1 Se cree comunmente que la visita del ángel á la Santa Vírgen se verificó al declinar el dia, ó mas bien á la hora del crepusculo.
2 Los pueblos de Oriente se vuelven hácia cierto punto del cielo cuando oran lo que se llama el *kebla*. Los judíos se vuelven hácia el templo de Jerusalen; los mahometanos hácia la Meca; los sabeos hácia el Mediodia; y los magos hácia el Oriente
3 Los judíos oran tres veces al dia: por la mañana al salir el sol; al medio dia á las tres, que es cuando se ofrece el sacrificio; y por la tarde al ponerse el sol. Segun los rabinos, Abraham estableció la oracion de por la mañana, Isaac la del medio dia, y Jacob la de por la tarde —[Basn., lib. VII, c. 17.]
4 Calvino, ese orgulloso heresiarca, que hacia quemar á Servet al mismo tiempo que predicaba la tolerancia, y que desacreditaba las costumbres del clero católico, bajo el peso de una sentencia que declaraba las suyas infames, se ha atrevido á calumniar á la Vírgen, tomando pretesto de esa respuesta para acusarla de incredulidad. San Agustin y San Teofilacto le habian respondido mucho tiempo antes. "La Vírgen no duda, dicen estos grandes doctores; ella solamente desea instruirse del modo con que va á obrarse el milagro. San Juan Crisóstomo añade, que esta pregunta es el efecto de una profunda y respetuosa admiracion, y no de una vana curiosidad
5 Esta narracion evangélica ha sido adoptada por los mismos musulmanes. Hé aquí como refiere el *Koran* la entrevista de la Santa Vírgen y el ángel. "El ángel dice á María: Dios te anuncia su Verbo; el se llamará Jesus, el Mesías, hijo de María, grande en este mundo y en el otro, y confidente del Altísimo: los hombres escucharán su palabra desde la infancia hasta la vejez, y será el justo entre los justos —Señor, respondió María, ¿cómo tendré un hijo si no he conocido ningun hombre?—Pues así será, replicó el ángel: Dios forma las criaturas segun su voluntad; si desea que ecsista una cosa dice: Hágase, y es hecha." (*El Koran. cap.* 3.)
6 Segun el P. Drexelius, el misterio de la Encarnacion se verificó en la noche del 25 de Marzo.
7 San Juan Crisóstomo, *sermon* 4.

003706

motivo de controversia entre los autores que pretenden que María no era todavía la esposa, sino solamente la prometida de José, y á cuyo frente hallamos al mismo San Juan Crisóstomo [1]. María, no obstante, habitaba, segun la opinion de este Santo Padre, la casa de San José en el momento de la aparicion del ángel: "Porque era ya antigua costumbre, dice el mismo orador sagrado, hacer venir á las prometidas á la casa de sus esposos; y esto se hace todavía algunas veces. Es sabido que los yernos de Lot, vivieron en la casa de su suegro con sus futuras esposas [2]."

A pesar de la veneracion que inspira San Juan Crisóstomo, la Iglesia no se ha adherido á su opinion. La cita de los yernos de Lot, con que ha querido apoyarla, es por otra parte muy mal escogida. La Escritura no dice en ningun pasaje que ellos viviesen con Lot, y todo induce á pensar lo contrario, pues que el patriarca se vió obligado á *salir de su casa* en un momento de terror y de turbacion, cuando el tumulto mas horroroso se propaga sordamente en la ciudad, *á fin de advertir* á sus yernos futuros que abandonasen á Sodoma. Así pues, suponiendo que los jóvenes que debian casarse con las hijas de Lot hubiesen ya formado parte de la familia de este patriarca, cuyos rebaños cubrian las colinas y los valles de una provincia entera, estos jóvenes, segun las costumbres de aquel tiempo, no hubieran sido á las orillas del Jordan, sino lo que Jacob fué mas tarde en Mesopotamia; es decir, activos y vigilantes servidores, *sufriendo en las llanuras los ardores del sol, y helados por el viento de la noche* [3].

No se lee en parte alguna que tuviesen á sus prometidas dentro de sus tiendas; ellas vivian bajo la egida del patriarca de quien ellos no eran mas que los primeros pastores; y nada hay en esto que se oponga á las antiguas costumbres del Asia. Huérfana, aislada, y viviendo bajo el techo del que no era todavía su esposo, la Santa Vírgen, se hubiera hallado, por el contrario, en una posicion enteramente escepcional. Una costumbre generalmente recibida entre los hebreos, podria solo autorizar semejante suposicion; y nosotros no hallamos en su código sino una ley que se opone formalmente á ello [4]. San Crisóstomo, de acuerdo en este punto con los antiguos teólogos, nos dice, que Dios cubrió mucho tiempo con un tupido velo la maternidad milagrosa de María, á fin de preservarla de una sospecha infamante, que hubiera cedido en detrimento peligroso de la divinidad del Hijo, como del respeto que el universo entero debia á la Madre. Así pues, solo el matrimonio podia cubrir con su manto de honor el misterio inefable de la Encarnacion, á lo que no bastaba la simple formalidad de los desposorios; y por otra parte, si José y María no hubiesen sido mas que prometidos en el momento de la Encarnacion del Verbo, no habrian sido otra cosa cuatro meses despues, puesto que el Evangelio nos dice que María, despues de la Anunciacion, *partió con toda diligencia* para la casa de Elisabet, y que hasta su vuelta del viaje á Hebron, que duró tres meses, *fué* cuando se le *conoció su embarazo*, frase que indica una situacion visible á todos. ¡El matrimonio de María se habia de haber celebrado cuando ya su maternidad era un hecho patente.... inegable! ¿Qué habrian pensado las dos familias? ¿Qué hubiera dicho todo Nazareth, que acudió á presenciar la ceremonia? ¿De qué palabras tan injuriosas no hubiera sido objeto la Vírgen pura, en medio de un pueblo en que el honor de las mujeres era una cosa tan sagrada, que infaliblemente era vengado con la pena de muerte? El nacimiento del Mesías, este nacimiento que debia ser puro, *como el rocío de la aurora*, segun la poética espresion del rey David, ¿no habria sido entonces deprimido y mancillado? Los judíos, los de Nazareth, sobre todo, que se manifestaron tan hostiles á Jesucristo á quien por desprecio llamaban *el hijo del carpintero*, ¿no le habrian reprochado duramente la irregularidad de su nacimiento? Si no lo hicieron, fué, sin duda, porque ninguna apariencia podia dar motivo para ello.

He aquí, sin duda, las razones que han decidido á muchos teólogos ilustres á seguir la opinion de que el matrimonio se verificó antes de la Anunciacion, á pesar del apoyo que el partido contrario encontraba en las palabras de San Mateo; palabras que parecen prestarse á diferente interpretacion, pero que no ofrecen, sin embargo, un sentido bastante claro y preciso para resolver la dificultad [5]. Por lo demas, la disputa no se ha versado acerca del punto principal; esposa ó prometida, ninguno entre los verdaderos cristianos ha puesto jamas en duda que la Madre de Dios no fuese siempre la mas pura y la mas santa de las vírgenes; los mu-

1 M. Descoutures ha colocado indebidamente á San Juan Crisóstomo en las filas opuestas: dicho escritor, generalmente juicioso, lo ha citado probablemente por referencia.

2 San Juan Crisóstomo, *sermon* 4.

3 Génesis, cap. XXI, v. 40.

4 Mischna, tom. 3 *Sponsalibus*—Bartenora, Maimónides, Surenus, Selden *Uxor hebraica*.

5 El versículo que ha dividido á los doctores, es este: *Cristi autem generatio sic erat: cum esset desponsata mater ejus Maria Joseph, atequam convenirent inventa est in útero habens de Spiritu Sancto.* Los que se detienen en la fuerza de las palabras, dicen que la Vírgen no era mas que desposada ó prometida, porque el verbo griego que traduce la espresion hebrea de San Mateo, quiere decir *desponderi*, estar prometido, y que hay otro término para significar el estar casado, así como se halla entre los latinos *desponderi y nubere;* de manera que San José no habia aún conducido á su casa la Santa Vírgen, lo que ellos prueban por aquel pasaje del versículo 20: *noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est*, que esplican así: tomad sin temor á María por vuestra esposa, porque lo que ha nacido en ella ha sido por obra del Espíritu Santo. Pero para traducir así, seria preciso que dijese: *in conjugem tuam.* El partido contrario, que se halla sostenido por Padres de la Iglesia, intérpretes respetables y casi todos los teólogos, se acoge para combatir á sus antagonistas al segundo capítulo de San Lúcas; pues que no obstante de que la Vírgen estaba ya casada con San José, el Evangelista emplea un término griego que significa *estar prometido*, y dice: *ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore prænante*, á fin de que se declarase con su mujer que era su desposada y estaba en cinta; y en el versículo 19 del cap. I de San Mateo, San José es llamado *vir ejus*, su marido, y no su desposado. Cuando San Mateo llama á la Vírgen *sponsa*, desposada, aunque fuese ya esposa, esto no es decir que no hubiese todavía contraido matrimonio, sino solamente para mostrar, segun lo observa un santo padre, que ella no tenia relaciones mas íntimas con su marido que si no hubiese sido mas que su desposada ó prometida.

sulmanes mismos convienen en que era *la mina* y el *manantial de toda pureza* [1].

CAPITULO IX.

VISITACION.

Entretanto instruida María por el Angel de la milagrosa preñez de Elisabet, se resolvió ir á felicitar á su querida y venerable parienta. Esto no fué, como se han atrevido á decir algunos herejes, porque la Vírgen quisiese asegurarse por sus mismos ojos de la realidad de aquel acontecimiento que se separaba de las leyes comunes de la naturaleza; ella sabia perfectamente, que nada es imposible á Dios, y ademas no podia suponer que un enviado del cielo fuese el que le trajese de parte del Altísimo, palabras de engaño y de mentira. Partió, pues, no para asegurarse, porque ya estaba segura; partió con precipitacion, porque la caridad, dice San Ambrosio, no admite dilaciones ni tardanzas; y porque buena y benévola como lo fué toda su vida, le parecia que tardaba en llevar á unos parientes cuya proteccion habia rodeado su infancia, y que la habian considerado como su hija, una parte de esa santificacion y gracias celestiales que innundaban su alma como inagotables manantiales de agua viva, desde que tenia en su casto seno al Criador del Universo.

Con la anuencia de José, cuya alma sencilla y elevada estaba en armonia con la suya, y que no tenia para ella mas que un corazon y una voluntad, María partió de Nazareth en la estacion de las rosas, y se dirigió á las montañas de Judea, donde vivia Zacarias. La escritura que olvida los detalles, y refiere los acontecimientos para presentar los hechos, no dice si la Vírgen fué acompañada durante este viaje; de esto han inferido algunos autores que lo hizo sola, lo que es contra toda verosimilitud. En efecto, la distancia de Nazareth á la ciudad de Ain (2), es de cinco dias de camino; siendo preciso atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria, y casi todas las tierras de Judá. Ademas, el país está erizado de montañas, cortado por torrentes é intermediado de desiertos (3). Los caminos que despues repararon los romanos, hundidos entonces por las fuertes pisadas de los camellos, y cubiertos de piedras resbaladizas, amenazaban á cada paso al viajero con una caida terrible. Cuando la noche se acercaba era indispensable dormir en algun parador de caravanas, en que no se encontraba sino un pequeño recinto desprovisto de víveres, y amueblado con una simple esterilla de juncos (4); porque la hospitalidad primitiva habia marcado con sucesivos decrecimientos las diferentes fases de la civilizacion, entonces adelantada entre los hebreos. En semejantes circunstancias ¿es presumible que un hombre de bastante edad y esperiencia como José, hubiese espuesto por gusto únicamente, á una jóven bella, delicada, educada lejos del mundo y sencilla como la inocencia misma, á los peligros de todo género y á las incomodidades de toda clase que ofrecia este viaje solitario? Semejante pretension está en contradiccion con la historia del pueblo de Dios y con las costumbres del Asia [5]; pues nunca una mujer judía se hubiese atrevido, sin una custodia respetable á alejarse de su casa á semejante distancia.

Si San José, como cree el padre Croisset, no pudo acompañar á María, es probable que la madre de Dios se reuniese á alguna de sus parientas, á quienes su piedad atraia á la ciudad santa con sus esposos y criados, y que desde allí prosiguiese su camino con una escolta segura. Así la vemos viajando siempre en medio de los suyos, ya sea que vaya á Jerusalen á las grandes fiestas, ya sea que siga las predicaciones de Jesus con otras santas mujeres, en un período mucho mas avanzado de su ecsistencia. Aunque no podia tener mejor guardian que ella misma, dice San Ambrosio, nunca se la vió en los caminos sino fielmente escoltada [6].

Habiendo llegado María á la ciudad sacerdotal, donde vivia el levita y su dichosa consorte, se hizo conducir á su habitacion, que era bastante conocida, sin tomar un momento de descanso. Informada Elisabet por una de sus esclavas de la visita inesperada de su prima, salió á recibirla con grandes demostraciones de alegria.

Al verla llegar, se inclinó la jóven Vírgen y colocando la mano sobre su corazon, le dijo; *La paz sea contigo*, apresurándose á ser la primera en saludarla [7]. Elisabet dió un paso atras; la espre-

1 La pureza está de tal manera reconocida aun por los musulmanes, que Abou-Ishac, embajador del califa en la corte del emperador de los griegos, teniendo una conferencia con el patriarca y unos obispos griegos, sobre puntos de religion, los obispos reprochaban á los musulmanes muchas cosas que habian sido dichas en otros tiempos por los mismos musulmanes contra Aischah, viuda de su profeta, lo que habia causado divisiones entre ellos. Abou-Ishac, les dijo entonces, que no sabia por qué se admirasen de estas diferencias: cuando entre los cristianos las opiniones habian estado tan divididas acerca de la Concepcion de María, Madre de Jesus, "á quien se puede llamar, dijo él, *la mina y el manantial de toda pureza*, genab ismet uealo Kon offet." [D'Herbelot, *Biblioteca oriental*, t. II, p. 620.]

2 Zacarías habitaba en Ain ó Aen á dos leguas al Sur de Jerusalen; y Santa Helena hizo fabricar una iglesia en el lugar en que estuvo la casa.

3 Aunque la Judea estuvo mucho mas poblada que en la actualidad, quedaban sin embargo algunos distritos de tal manera áridos, que no permitian cultivo alguno: el Evangelio hace mencion de desiertos poco apartados de las ciudades, en que Jesucristo iba á orar.

4 No ecsisten mesones en ningun punto de la Siria ni de la Palestina, segun dice Mr. de Volney; pero las ciudades y la mayor parte de los pueblos tienen un grande edificio llamado *Kervanseray* que sirve de asilo á todos los viajeros: esos hospedajes situados siempre fuera de las poblaciones se componen de cuatro alas alrededor de un patio cuadrado que sirve de parque, pero allí no hay ni víveres ni muebles.

5 Nadie viaja solo en Siria, y sí solamente en tropas ó caravanas; es preciso aguardar que muchos viajeros quieran ir á un mismo punto: estas precauciones son necesarias en un país abierto á los árabes, como la Siria y la Palestina. [Volney, *Viaje á la Siria.*]

6 San Ambrosio, *de Virginibus l. II.*

7 Esta salutacion que Jesucristo empleó con frecuencia, está todavía en uso en todo el Oriente. Cuando los orientales se encuentran despues del saludo, dicen: "*La paz sea con vosotros.*" *Salem* (*alaicom*), llevando al mismo tiempo la mano sobre el co-